



Aventura española

En el corro de hombres reunido aparte, en el gabinete, para fumar sin molestia de las señoras, hablábase de las lentitudes y olvidos de nuestra Administración, tan graves, á veces, y pródigos en desagradables consecuencias para los particulares.

—Me recuerdan ustedes—dijo de pronto el general Loizaga—un encuentro que tuve en Roma, allá por el año 49, cuando yo era un muchacho poco atento al lado triste de la vida y menos aún á estas cosas del funcionamiento de la Administración pública.

—¿Y qué encuentro tuvo usted en Roma que se relacionara con el tema que ahora discutimos?—preguntó el diputado Londres, allí presente.

—Va usted á verlo. Iba yo con la expedición del general Córdoba, y hallándome en Junio del citado año en Nápoles con mi regimiento, pedi permiso para ir á Roma. No es que se estuviese mal en la ciudad del Vesubio; puedo asegurar á ustedes que la gente joven se divertía de veras, abundando las ocasiones para ello, especialmente en materia de amores, porque ¡eso sí! como guapas y fáciles, las napolitanas lo eran, si bien tenían sus peligros, á veces muy graves. Pero la fama que en todos tiempos ha gozado la capital del mundo católico, y su proximidad á Nápoles, me incitaban á cada momento; y al cabo, habiendo conseguido que me acompañase en la expedición otro oficial de mi compañía, pedí, como va dicho, el permiso correspondiente, y allá nos fuimos á la Ciudad Eterna.

Roma tiene mucho que ver; nosotros no disponíamos sino de pocos días, y, además, carecíamos de plan, faltos del auxilio de persona ilustrada que nos sirviese de *cicerone* competente. Caminamos, pues, en nuestra visita un poco á la ventura, yendo hoy aquí, mañana allá, y buscando siempre que era posible la protección *in situ* de los frailes, que no faltaban en

Roma. Excuso decir que no dejamos de ver las Catacumbas, aunque sólo una parte de ellas, porque son vastísimas, y, además, nuestro guía se excusó de acompañarnos más adelante con toda prudencia, pues, según nos dijo, días antes un colegio de niños que se internó más de lo regular había desaparecido, probablemente á causa de un hundimiento de tierras.

—¿Pero y ese encuentro... administrativo?—interrumpió el diputado, que veía al general echarse por los cerros de Ubeda.

—Tenga usted paciencia, hombre, que todo se andará. Permita usted á un viejo que paladee esos recuerdos rejuvenecedores, aunque no sea más que imaginativamente. ¡Si viera usted cómo es grato acordarse, ahora que el estómago me juega á cada momento tan malas pasadas, de aquellas comidas admirables que hacía yo en 1849 en las *trattorias* romanas! Por aquel entonces se comía en Roma muy bien por poco dinero, y le aseguro á usted que nos aprovechamos en grande de esta circunstancia. Pero voy al grano para que no se impaciente usted.

Uno de los días entramos en la iglesia de San Pedro, tan hermosa como fábrica

arquitectural y tan llena de otras hermosuras artísticas que la adornan.

El sacerdote que estaba de guardia, y al cual nos dirigimos para que nos facilitase la visita, al saber que éramos españoles nos dijo que un capitán de nuestra nación, que en aquel momento estaba rezando sus oraciones diarias en una capilla, tendría mucho gusto en hablar con nosotros.

—¡Un capitán!—exclamó mi compañero.—¿Quién podrá ser?

—Es persona de edad—dijo el sacerdote—y viste de manera muy distinta á ustedes.

—No será de Infantería—observé yo.

—Carezco de opinión en esas cosas—replicó el sacerdote;—pero ahí viene ese señor, y juzgarán ustedes por sí mismos. Yo tengo que dejarles ahora, porque me llaman servicios urgentes de mi ministerio.

Creo que ni le dimos las gracias, absorbidos como estábamos en la contemplación del anunciado capitán, que se acercaba lentamente hacia nosotros. Cuando estuvo á nuestro lado y pudimos observarle bien, nuestro asombro subió de punto. Era un viejecito de edad indefinible, aunque bien podía afirmarse que bastante avanzada.

Vestía un traje anticuado: calzón corto, zapatos de hebillas, chaleco largo color mahón, casaca abierta, y llevaba espadín y unas charreteras muy chiquitas.

—¡Pero este hombre es un resucitado!—dijo en voz baja mi compañero.—Viste como si estuviéramos en los tiempos de O'Reilly.

El capitán nos sonrió amistosamente, nos dió su mano y comenzó á expresar con gran viveza su alegría por hablar, aunque fuera breves momentos, con gentes de su país.

Le devolvimos cortésmente sus saludos y amabilidades, y yo le pregunté:

—¿Hace mucho que está usted en Roma, capitán?

—¡Ah!—exclamó levantando los brazos, en señal de ponderación, y tal vez de protesta al mismo tiempo.—¡Muchos, muchos años!... Es cosa muy rara lo que me sucede. Envióme aquí S. M. el Rey don Carlos IV (q. D. g.) con una misión que ya tengo cumplida; pero por más que dirijo instancias á España para que me den licencia de regresar allá, nada obtengo. ¡Ni aun me contestan!...

Nos miramos mi compañero y yo, de más en más sorprendidos. ¿Será verdad lo

que dice este hombre? pensábamos uno y otro; pero al momento me ocurrió la idea de que nos las habíamos con un loco, y lo mismo lei en las miradas de mi compañero. Procuramos despedirnos cuanto antes del capitán de Carlos IV, y lo hicimos sin darle nuestros nombres y sin que él nos diera el suyo. Confieso que fué gran ligereza de nuestra parte (cosa de jóvenes, que tienen otros asuntos en qué pensar) no cerciorarnos de si era exacto lo que decía aquel anciano, y ayudarle á salir de la original situación en que se hallaba, caso de que fuese cierta; pero, además de nuestra indiferencia para tales negocios (de la cual me lamento ahora, por este y otros sucesos más capitales para mi), nos habíamos aferrado muy fuertemente á la idea de que al capitán de Carlos IV le faltaba un tornillo y no nos preocupamos de él seriamente.

Volvimos á encontrarle varios días en San Pedro, y siempre venía á saludarnos y á lanzar las mismas quejas contra el Gobierno de S. M., el abuelo de la que entonces era Reina de España. Sus quejas no demostraban irritación; decíalas como persona resignada y que, allá en el fondo, cree perfectamente inútil su porfía; pero

según nos indicó, seguía enviando á Madrid instancias para que le permitiesen volver á la patria.

Pues hoy, señores, con la experiencia que he adquirido de nuestra vida oficial, no puedo menos de pensar, siempre que recuerdo al capitán de Carlos IV, que tal vez no era un loco, sino simplemente un olvidado, como otros muchos, de la Administración; y me atrevo á bautizar aquel encuentro de verdadera «aventura española», porque retrata, muy á las claras, algunos de esos vicios de que discutíamos antes. ¡Quién sabe las tristezas, las miserias que pasaría aquel pobre oficial de nuestro buen Rey don Carlos IV! Por mi parte, rezo todos los domingos por el descanso de su alma, que quizá espera todavía, desde el Limbo, donde está de seguro, la orden para volver á pisar las playas de su tierra nativa.

